

superiores á las mezquinas pasiones del alma. Los girondinos que habían proclamado la república se habían visto constantemente acusados de traidores cuando su preocupación constante había sido salvar las conquistas democráticas de la revolución. Esto les tenía irritados y dispuestos á las represalias. Por desgracia el resultado de las elecciones les hizo caer en la ilusión de creer que podían contar con el Parlamento, y los primeros pasos que dieron les fortaleció en esta ilusión.

Impacientes y deseando imponerse á los asesinos de Setiembre á los tres días de constituida la Convención Kersaint, apoyados por Vergniaud y Buzot, pide que se prepare un proyecto de ley contra los que provocan al pueblo al asesinato y á la anarquía. La montaña sorprendida y no sabiendo aún cuál era el ánimo de la Convención, cede, y esto decide á Buzot á presentar la proposición del ministro Roland que pide una guardia particular para la Convención compuesta de ciudadanos de todos los departamentos, pero si esto era conveniente, era inconveniente apoyarla diciendo: «¿Pues qué? ¿se cree hacernos esclavos de ciertos diputados de París?» Este lenguaje era desgraciadamente el de todos los girondinos. Al día siguiente el pastor protestante Lasource pedía que se redujera la influencia de París á una ochenta y tres avas partes, esto es, al igual de los demás departamentos. Este lenguaje y este furor de acometer, llevaban á la tribuna á Danton y á Robespierre para acusar á los girondinos también por tabla, pidiendo la pena de muerte para los que quisieran hacer de la República francesa un montón de repúblicas federativas, produciendo estas mútuas recriminaciones defensas apasionadas que revelaban por sí solas que de uno y otro lado se comprendían las alusiones. De esto á personalizar la cuestión no había más que un paso, y este paso imprudente lo dió Barbaroux acusando á Robespierre de haberse querido alzar con la dictadura el 10 de Agosto por medio de sus marseleses. Fué en esta ocasión cuando la repugnante figura de Marat aparecía por primera vez á la tribuna siendo acogida con un grito de general reprobación. Pero Marat, lejos de intimidarse, acabó por imponerse, pues absolvió á Danton y Robespierre de las acusaciones que se les hacían de aspirar á la dictadura que dijo él era quien la había pedido, y como de todas partes saliera un clamor general pidiendo que fuera enviado á la Abadía, sacó de su bolsillo una pistola que apuntó á su sien declarando que se levantaría la tapa de los sesos al pié de la tribuna si se votaba su acusación. Así se salvó Marat. La Gironda re-

trocedió horrorizada á la idea de que la sangre manchara el recinto de las leyes. Este ultraje le estaba, sin embargo, reservado, y sangre más generosa y pura que la de Marat fué la destinada á enrojecerla.

La lucha entre los partidos, era pues, desde los primeros días, violentísima y amenazaba terminar, como en efecto terminó, destrozándose como fieras los miembros de la Convención.

Pero lo cierto es, que en estos primeros días los girondinos iban ganando terreno, y Danton que veía á la Comuna de París excusándose y á sus propios amigos reuniéndose con los girondinos en conferencias parlamentarias fuera de todo club, lo que dió por resultado que los jacobinos rayaran de las listas de sus socios á los tales diputados, cebándose particularmente en Brissot, fuera de sí, y perdiendo aquella continencia que se había impuesto dado el papel que quería representar, como se pidiera, teniendo en cuenta los servicios que Roland prestaba en el ministerio, que pudiera ser á la vez ministro y diputado. Danton dijo que caso de prevalecer lo que se proponía, era necesario pedir también á otra persona que quisiera continuar al frente del gobierno, «pues sabido es, dijo, que Roland no está solo en su departamento.» Esta grosería, no fué recogida por los girondinos, su educación se lo prohibía. Pero la ofensa se había hecho, y Danton con ello no había logrado más que hacer ya invencible la antipatía que les inspiraba. Pero Roland recogió el insulto, y al enviar al otro día su dimisión de convencionalista para continuar en el gobierno,—30 de Setiembre,—terminaba su dimisión diciendo «que su civismo solo lo atacaban aquellos que eran acusados de falta de moralidad.» El golpe era rudo, y la Convención aplaudió. La carta de Roland se envió por acuerdo de la Asamblea á los departamentos.

Enardecidos por estas victorias los girondinos, avanzaron hasta formular acusaciones concretas, contra Danton, Marat y Robespierre. Al primero se le pidieron cuenta de los fondos secretos de su ministerio; al segundo se le acusaba por los asesinatos de París, y como se creyera que la Convención había de seguirles en este camino, se quiso hacer igualmente responsable de ellos á Robespierre. La agitación era extrema en la Cámara, pues Louvet y Barbaroux fueron implacables en sus discursos, dando lugar con su fogosidad á que Danton y Robespierre aparecieran como verdaderos hombres de Estado por su moderado lenguaje. Pero la Comuna viendo que con sus humillaciones no podía conse-

guir que la Convención pusiera en ella su confianza, principió á agitar las secciones y estas se declararon de una manera insolente contra la Asamblea, pareciendo inminente un nuevo atentado contra la libertad. Pero por fortuna todo quedó reducido á la protesta de las secciones, ó por mejor decir, de algunas de las secciones del 19 de Octubre de que hemos hablado, y París no tuvo que presenciar nuevos crímenes. Pero estos acontecimientos dieron por resultado que Servan se retirara y fuera á ponerse al frente del ejército del Pirineo Oriental y llegara al ministerio Pache, subordinado y protegido por Roland.

Difícil se hace explicar el cambio de conducta de Pache si nos empeñamos en buscarle una causa extraordinaria, pero si no nos salimos del círculo de ideas de cada partido, Pache se nos presentará en su puesto.

De sobras conocía Pache que si el soldado era adicto á las nuevas instituciones, por lo que toca al estado mayor del ejército y á su oficialidad en general, era muy dudosa su adhesión. ¿Cómo había de poder contar la república con generales como el Duque de Orleans y sus hijos que, naturalmente, al cumplir tan bien como lo hacían sus deberes militares, debían conquistarse grandes simpatías en el ejército? Limpiar el ejército de elementos contra revolucionarios, era, pues, prudentísima cosa, pero esto necesitaba mucho tiento y un gobierno ó un ministro que lejos de apoyarse en la demagogia para realizar su plan, buscarse en los elementos serios, la autoridad moral para hacer tan grande reforma sin peligro de la disciplina.

Un hombre, pues, como Pache, no podía simpatizar con Dumouriez, y éste pronto conoció que en el ministro de la guerra, tenía un hombre que había de vigilarle con severidad, y así, desde el primer momento, chocaron Dumouriez y Pache por las mismas razones que fueron causa de la desgracia de Montesquiou. Pache quería que el ejército viviera en Bélgica á expensas de Bélgica. Dumouriez creía que por lo mismo, que en Bélgica se había de organizar un Estado libre é independiente; lo que convenía era tenerle contento para que fuera un buen aliado, y por esto pedía incesantemente permiso para armar cuarenta mil belgas, que, naturalmente, se le había de negar, porque nadie tenía confianza en Dumouriez, y estos cuarenta mil hombres podían ser un peligro.

Dumouriez, además, vióse obligado por las circunstancias á declararse en Bélgica por el partido democrático y en contra del partido clerical en el

que tenía muchas relaciones, y todo el mundo sabía que Dumouriez había prometido dar satisfacción á los dos partidos belgas, es decir, que el general estaba fuertemente comprometido y que, por lo tanto, toda vigilancia era poca, haciendo aun esta más necesaria la composición de su ejército cuya plana mayor podía ser muy liberal, pero era de seguro muy poco republicana.

Pache, además, anuló sin contemplaciones todos los contratos que Dumouriez había firmado en el país para proveer al ejército, y es justo decir aquí, que fué la población industrial de París la que reclamó tal medida, pues, cuando tanto escaseaba el trabajo, se hacía difícil comprender como se pasaban contratos tan beneficiosos con un país cuya amistad se había tenido que conquistar con sangre y cuya adhesión era aun tan dudosa. Luégo de no obrar así era dejar en manos de Dumouriez facultades y recursos que se podían emplear en otras cosas que en el bien del ejército de Francia y de Bélgica, y desconocer todo esto, es empeñarse en buscar explicaciones sin realidad. Esto decimos, porque Sybel parece que no ve en Pache mas que un hombre encargado de destruir el ejército, ese ejército que precisamente principiaba ya por sus conquistas á hacer vivir la hacienda francesa, pues dicho se está, que ésta enviaba buenas masas de asignados á sus generales.

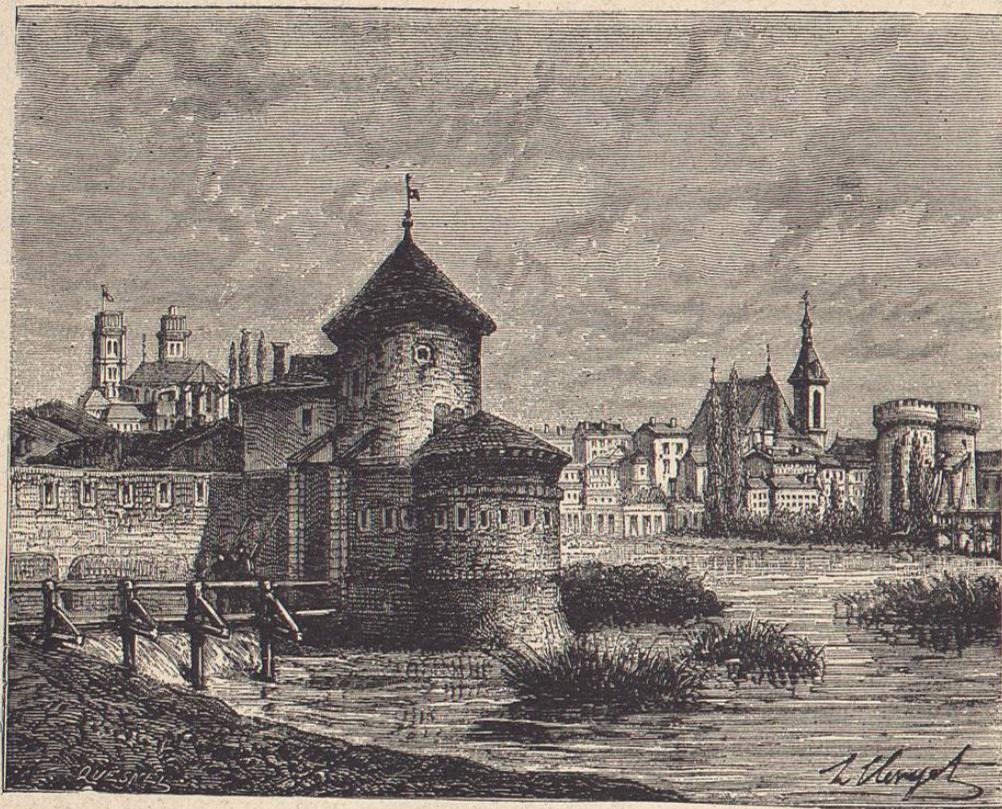
Se comprende que en este punto Dumouriez estuviera en desacuerdo, ya viera esta cuestión como gobernador de Bélgica por el descontento que había de producir, ya como general por las ningunas simpatías de los soldados, del ejército entero, para tal numerario, pero á la república no le quedaba más recurso, ó por mejor decir, no tenía otro recurso. Todas estas circunstancias deben pesarse y meditarse juntas, pues lo repetimos, de lo contrario se pierde de vista la realidad de los hechos.

¿Que la creación del comité para abastecer al ejército dió lugar á grandes disgustos, á grandes despilfarros y destruyó la solidez del ejército del Norte, qué tiene de nuevo! ¿No es esto de todos los días, en medio de penosas circunstancias? ¿Si el ejército de Dumouriez recibió zapatos con suelas de cartón, no sucedió lo mismo en la última guerra entre Francia y Alemania? Los hombres de negocio acostumbrados á despellejar á todo el mundo no tienen escrúpulo alguno en hacerlo con la patria si se les presenta ocasión. Es necesario, pues, convenir en que para los republicanos había un inminente peligro en el ejército y pretender que los patriotas franceses volvieran su espalda á este peligro,

podrá ser todo lo elevado y moral que se quiera, pero hoy por hoy es lo menos humano. Estos sacrificios de opinión se han exigido repetidas veces pero siempre en beneficio de un partido.

¿Puede ahora censurarse la ocasión y la época en que se resolvió poner la mano sobre el ejército?—Recuérdense los grandes y maravillosos triunfos obtenidos casi sin combatir, y se comprenderá, que, cuando éstos se atribuían al estado de la opinión de los pueblos, no se creyera necesaria gran reserva

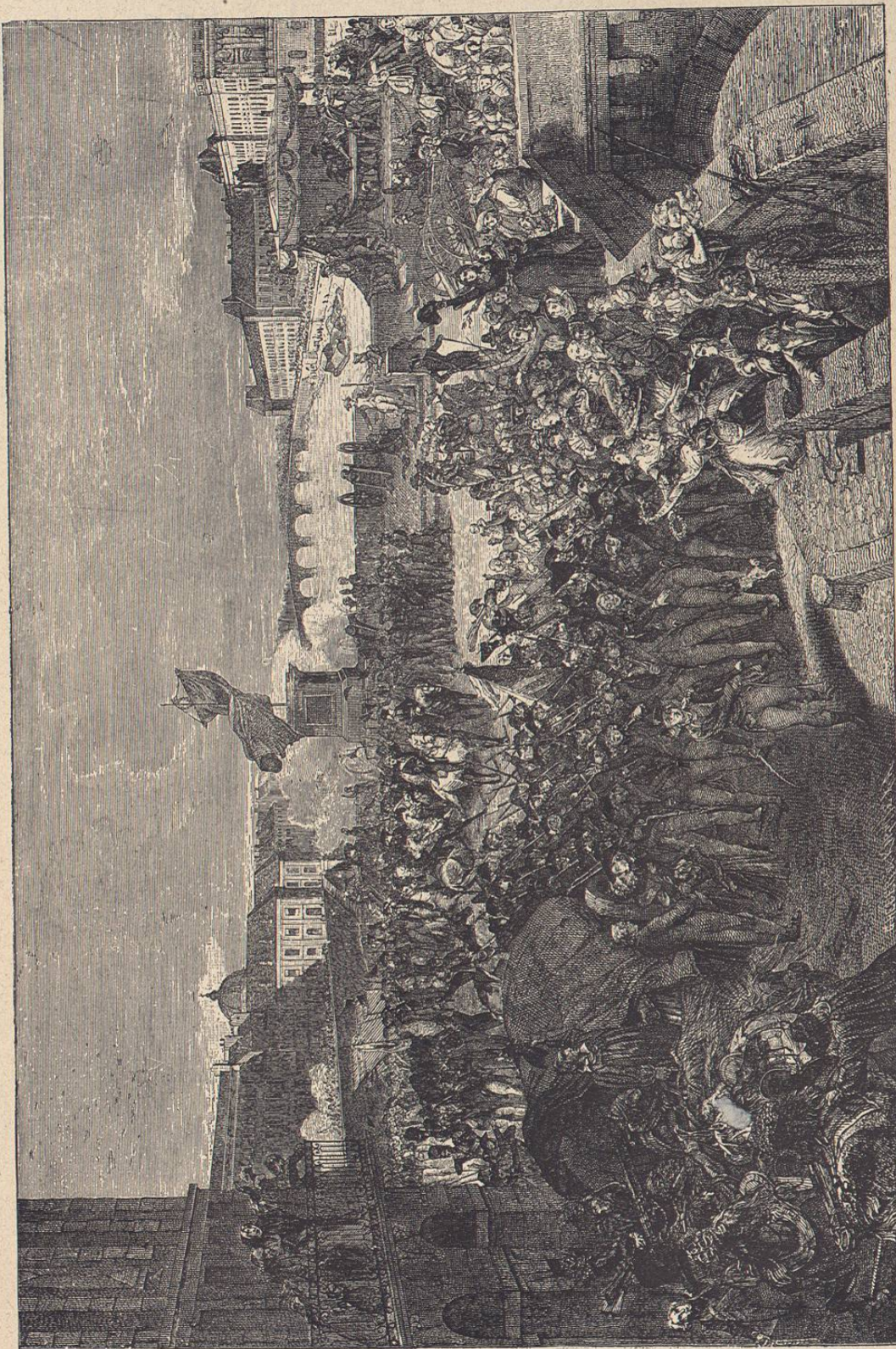
con el ejército, pues contando de un lado con la opinión, y no habiendo del otro motivo para creer que se hubiera acabado el plantel de generales improvisados, de dejar á un lado los que ahora mandaban el ejército sin grandes antecedentes militares, se creía, repetimos, que no había peligro alguno, y esta creencia era racional, al aprovechar el invierno, y el desconcierto del enemigo para reorganizar el ejército haciendo de él un instrumento de la causa democrática.



Verdun

No es que para excusar lo hecho presentemos nosotros disculpas sin realidad. Un hecho de verdadera significación y trascendencia vendrá á demostrarlo enseguida. En 19 de Noviembre los habitantes del ducado alemán de Nassau-Saarbruck acuden á la Convención pidiéndole que les proteja contra los déspotas que les oprimen, y esto sirve de motivo para el siguiente decreto:—«Francia declara que concederá auxilio y fraternidad á todos los pueblos que quieran recobrar su libertad, y al efecto encarga al poder ejecutivo que dé orden á los generales de los ejércitos franceses para que socorran á los ciudadanos que hayan sido ó sean vejados por la causa liberal.» Ese decreto se tradujo en todas las lenguas de Europa y se distribuyó con profusión á manera de proclama incendiaria.

«Más tarde,—dice Sybel,—se consideró este decreto como una frase ampulosa, como una torpe baladronada que no debía inquietar á gobierno alguno inteligente y que por lo dicho no podía servir de pretexto para declaración alguna de guerra. Pero entonces la opinión, ó por lo menos la del partido revolucionario, era del todo diferente. Cuando fué conocido ese decreto, varios clubs de Londres no vacilaron en enviar abiertamente y repetidas veces sus delegados á la Convención, á fin de proclamar la fraternidad de Inglaterra, pronta á sublevarse, para recibir en cambio la seguridad oficial de protección y de apoyo. A fines de mes, el obispado de Basilea, á instigación de Gobel, arzobispo de París, á quien Lebrun había enviado allí en misión, hizo su revolución, y se constituyó en república Rauracienne, y



MARCHA DE LA GUARDIA NACIONAL DE PARIS A LA FRONTERA. —Setiembre de 1792 (Cuadro de L. Cogniet)